



# IGLESIA CRISTIANA REFORMADA

IGLESIA EVANGÉLICA DEL Bº DE S. PASCUAL

C/ Cesar González Ruano, 25  
28027 MADRID  
(Metro Concepción)  
Tel.: 914040628

Inscrita en el Registro de  
Entidades Religiosas del  
Ministerio de Justicia nº 5180-  
SE/A

La Iglesia Cristiana Reformada  
es una de las Iglesias  
Reformadas de España (IRE),  
y es miembro de la  
Federación de Entidades  
Religiosas Evangélicas de  
España

Pastor: José de Segovia Barrón  
Anciano consej.: Robert James  
Díaconos: Priscilo Valero y  
Luis González

No. 135  
Enero  
2017

## REUNIONES

### CULTO

Domingos a las 11.00 h.

### ESTUDIO BÍBLICO

Miércoles a las 19.00 h.

## VOCES DE ALIENTO AL INICIO DE UN AÑO NUEVO

*El comienzo de un nuevo año suele sus-  
citar preguntas: ¿Qué nos reportará? ¿En-  
trañará experiencias venturosas o, por el  
contrario, días de amargura y frustración?  
La situación del mundo en los primeros  
años del siglo XXI no parece la más propicia  
para generar optimismo. Los graves acon-  
tecimientos del pasado reciente han dejado  
en suspenso sobre el horizonte nubarrones  
oscuros que poco de bueno hacen presagiar.  
Dos palabras resumirían el estado de ánimo  
de millones de personas al comenzar el  
año: incertidumbre y ansiedad. Sin embar-  
go, el creyente que da oídos a la Palabra de  
Dios percibe voces que eliminan o calman la  
congoja.*

Esas voces llegan a nosotros a través de  
numerosos textos de la Biblia. Aquí analiza-  
mos el [comienzo del] capítulo 40 del libro de  
Isaías. Es un mensaje del profeta dirigido a los  
judíos que, libres de su cautiverio en Babilo-  
nia, habían de enfrentarse con la difícil tarea  
de reconstruir Jerusalén y las estructuras po-  
líticas de la nación y ordenar su vida espiri-  
tual en circunstancias descorazonadoras. He  
aquí esas voces:

### LA VOZ DEL PERDÓN

«Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a  
voces que su tiempo es ya cumplido, que su

pecado está perdonado...» (*Isaías* 40:2).



La palabra de Dios siempre va dirigida al corazón. Y siempre entraña el anuncio del perdón divino. El pueblo judío se había apartado de Dios; le había ofendido con su idolatría, sus injusticias y su falsa religiosidad. Esta apostasía le había acarreado severos juicios del Señor; el último, la cautividad babilónica. Pero el juicio se había cumplido. Ahora llegaba la hora del perdón y la renovación. Siempre es así. Por eso la misericordia de Dios siempre abre puertas a un futuro luminoso.

Muchas personas, al examinar su vida con un mínimo de sensibilidad moral, son conscientes de que han pecado (contra Dios y contra el prójimo), y el remordimiento las tortura. No hay carga más pesada que el sentimiento de culpa. En esos casos lo mejor, lo único que resuelve el



problema, es el arrepentimiento con la confesión a Dios del pecado y la reparación cuando es posible. Cuando se asume esta actitud, Dios perdona, pues «la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado» (*1 Juan* 1:7); la carga desaparece; surge en el alma la paz de Dios. Por eso es «bienaventurado aquel cuyas transgresiones son perdonadas y borrados sus pecados» (*Salmo* 32:1). Por eso el creyente restaurado canta: «Bendice alma mía al Señor... él es quien perdona todas tus iniquidades...» (*Sal.* 103:1-3). Poder apropiarse estas palabras es una buena manera de comenzar un año.

## LA VOZ DE LA ESPERANZA

«Voz que clama: En el desierto preparad camino al Señor... Todo valle sea alzado y bájese todo monte y collado... ¡Que lo torcido se enderece y lo áspero se allane! Entonces se manifestará la gloria del Señor» (*Is.* 40:3-5).

El camino de Babilonia a Jerusalén no era una autopista. Entre ambas ciudades se interponía el desierto con sus montículos arenosos y sus hondonadas sombrías, con peligro de fieras y de bandoleros; sin sombra, sin agua...; sin la certeza de que les esperaba un futuro radiante. Al llegar a su destino, ¿no caerían en la más dolorosa decepción? Los muros de la ciudad, derruidos; el templo, hecho una ruina; las calles y las casas que todavía permanecían en pie, ennegrecidas después

de largos años transcurridos desde que fueron incendiadas por el ejército de Nabucodonosor. Y como si esto fuera poco, a su alrededor acechaban pueblos y gobernantes implacables fieramente opuestos a los judíos.



No es de extrañar que muchos de los liberados del cautiverio se sintiesen invadidos por el espíritu del desierto y cayeran en el desaliento. Pero no tenían por qué temer si confiaban en su Dios y andaban en su santo temor. Pero esto sí era indispensable. Toda actitud de autoensalzamiento («todo monte y collado») debía ser abandonada, y, por el contrario, «todo valle» (toda forma de duda o depresión) debía ser alzado. Además, lo torcido (conductas contrarias a la Palabra de Dios) debía ser enderezado y lo áspero (lo que hiera o molesta) allanado. En una palabra, el pueblo que había recobrado su libertad había de vivir conforme al estándar espiritual fijado por Dios en su ley. Esto obligaba a un arrepentimiento sincero y a una auténtica conversión. Los judíos provenientes del exilio

necesitaban no sólo la reconstrucción de la Jerusalén material. Necesitaban sobre todo una restauración espiritual. Sólo de este modo podría manifestarse «la gloria del Señor» (Is. 40:5).

A la luz de esta gloria, todo se vería diferente. Los judíos no mirarían a las ruinas, ni a la miseria, ni al caos. Mirarían al Todopoderoso. Y con esa mirada verían la gloria de su majestad poderosa en el ejercicio de su soberanía y la gloria de su amor compasivo. Verían que Dios cambia las situaciones más penosas en experiencias de bendición. Es la visión que el pueblo de Dios y cada creyente necesitamos en todos los tiempos (también en el siglo XXI). El fulgor de esa manifestación de la gloria divina desvanecerá toda sombra y, ahuyentando ansiedades y temor, inflamará la esperanza. Él siempre tiene cosas nuevas, regocijadoras, para nuestro futuro. Si sabemos avistarlas mediante los ojos de la fe, podremos decir como el salmista: «El Señor es mi luz y mi



salvación, ¿de quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida, ¿de quién (o de qué) he de atemorizarme?» (*Sal. 27:1*) y «el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida». (*Sal. 23:6*).

### LA VOZ DEL REALISMO EXISTENCIAL (*Is. 40:6-10*)

En este pasaje la voz llama la atención sobre la existencia humana. El perdón divino no garantiza una vida gloriosa sobre la tierra. La Palabra de Dios siempre es realista. En el texto que consideramos se enfatiza la importancia de esta verdad. La voz divina dice al profeta: «Da voces». Dilo bien alto para que todos se enteren y reflexionen.



Cuando tantas personas se jactan de su poder, su sabiduría o sus riquezas, Dios presenta al desnudo la realidad. ¿Qué es el hombre? «Hierba, y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita, porque el viento del Señor sopla sobre ella. ¡Ciertamente como hierba es el pueblo!» Aun la persona más fuerte arrastra consigo la debilidad en todos los aspectos



(físico, mental y moral). Si la adversidad le golpea con fuerza reiteradamente, acaba derrumbándose. Si la tentación le asedia con dureza, cede a ella. Paulatinamente se va debilitando. Aumentan los achaques. Y en el momento menos pensado una bacteria invisible, un virus, un accidente o un deterioro físico extremo acaban con su vida.

Esta vida es breve, por más que la ciencia hoy muchas veces la prolongue. También hoy puede decirse con razón que el hombre es «corto de días y hastiado de sinsabores, brota como una flor y es cortado, huye como una sombra y no permanece» (*Job 14:1-2*). Sus años están «contados» (*Job 16:22*) y pronto habrán llegado a su fin. Entonces, demasiado tarde, muchos reconocerán que su vida en la tierra ha sido «vanidad de vanidades, todo vanidad» (*Eclesiastés 1:2*).

No obstante, aunque el hombre perece, hay algo que perdura: «La palabra del Dios nuestro permanece para siempre.» Permanece su palabra de juicio, pues juicio es la mor-



talidad humana: «La hierba se seca y la flor se marchita porque el viento del Señor sopla en ella.» (Is. 40:7). Pero igualmente permanecen las palabras de perdón y las múltiples promesas de bendición que Dios ha dado a cuantos de corazón se vuelven a él. Mi vida se va consumiendo; mi vigor me va dejando; veo en torno mío peligros y duras pruebas, todo lo cual quizás aumentará a lo largo del año. Pero la palabra de Dios me dice: «No temas, porque yo te redimí... Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán; cuando pases por el fuego, no te quemarás y la llama no arderá en ti» (Is. 43:1-2).

Es que Dios, fiel, no permite que su hijos sean probados más de lo que son capaces de soportar, sino que juntamente con la prueba da la salida para que puedan resistir (1 Corintios 10:13). Si esto es así –y lo es–, todo creyente puede decir: «En Dios he confiado. No temeré» (Sal. 56:3, 11). Mientras experimenta las variopintas vivencias existenciales que la vida conlleva, por encima de toda otra súplica, clamará: ¡HABLA, SEÑOR! Cuando su voz llega a mí, mi alma revive, porque su Palabra permanece para siempre. Siempre ilumina, siempre vigoriza, siempre salva.

**José M. Martínez**



## Reforma en la Europa de ayer y en la de hoy

por Wenceslao Calvo

Al rememorar 500 años después una fecha que supuso un hito en la historia de Europa, no es posible dejar de experimentar un sentimiento agrídulce, tal como el que invade al visitante que contempla los restos arqueológicos de lo que un día fueron grandes monumentos de esplendor.

---

En ocasiones sucede que la propia conmemoración de un acontecimiento histórico no hace más que constatar el contraste radical entre el pasado memorable y el presente desolador.

La fuerza hegemónica en 1517 en Europa era el cristianismo, si bien un cristianismo que era el resultado de lo que se había ido fraguando durante siglos, en los que la acumulación de corrupciones morales y añadiduras doctrinales habían deformado el rostro de aquella fe que, habiendo nacido fuera de Europa, había echado raíces en ese continente.

En esas circunstancias de lo que se trataba era de recuperar el modelo original, difícilmente reconocible entre un conglomerado de intereses terrenales, instituciones jerárquicas ansiosas de poder y una masa ingente de enseñanza basada en buena medida en doctrinas de hombres acumuladas a lo largo de siglos. No se trataba de derribar totalmente el edificio y empezar de cero, sino de discriminar lo genuino de lo adulterado y actuar en consecuencia.

Pero ¿cómo llevar a cabo tal cosa si el paso del tiempo hace imposible el regreso al pasado? ¿Cuál sería el criterio a seguir para dirimir entre lo correcto y lo falso? Aquí es donde quedó patente que, a pesar de todas las deformaciones habidas, seguía existiendo una regla que servía para distinguir de manera definitiva lo recto de lo torcido.

Al aplicar esa regla se comprobó que bastantes de las creencias y prácticas que habían quedado consagradas por la tradición y el tiempo, no soportaban la prueba. Una vez llegados a este punto, la cuestión a decidir era si se emprenderían las acciones pertinentes para recuperar el modelo original y en caso afirmativo hasta dónde se consideraba que era necesario llegar en ese proceso de enderezamiento.

Dependiendo de la respuesta que se diera a esta última cuestión, así sería la profundidad y el alcance de la reforma. Por eso la Reforma tuvo varios semblantes, desde el más conservador, como el de la Iglesia anglicana, hasta el más extremista, como el de algunos grupos anabaptistas, pasando por los intermedios del luteranismo y el calvinismo.

Incluso la institución que se consideraba a sí misma como depositaria legítima del modelo original, la Iglesia católica, reconoció que había una necesidad de reformar las cosas, solamente que dicha necesidad se limitaba a tocar los



---

aspectos de disciplina y moral, al no considerar que hubiera algo equivocado en su enseñanza doctrinal.

Por esas discrepancias en el siglo XVI, Europa se convirtió en escenario de una lucha que comenzó en los púlpitos, siguió en los centros de enseñanza, continuó en las cancillerías y acabó en los campos de batalla.

Pero volviendo a la pregunta decisiva, ¿cuál era la regla determinante para saber si algo era aceptable o desechable? Muchos no titubearon en la respuesta, aunque llegaron a la misma conclusión por diferentes caminos. La Biblia era la autoridad última y el juez inapelable al cual debían someterse todas las opiniones y credos.

En la Palabra de Dios estaba el criterio infalible que trazaba la raya de separación final. Ella era el fundamento sólido sobre el cual se sustentaba la doctrina y la moral, sin importar lo que dijeran hombres o instituciones, por más prestigio que tuvieran. Por eso había esperanza para la cristiandad, porque a pesar de que la verdad había quedado sepultada bajo un edificio artificialmente creado, esa verdad podía ser claramente identificada al estar contenida en un libro. De lo que se trataba era de anunciar y predicar su contenido.

Pero hoy, 500 años después, la situación en Europa es bien distinta. Aunque persisten los protagonistas de antaño, bastantes de ellos son ya irreconocibles, al haber renegado, en teoría y de facto, de que la Biblia sea el fundamento estable de creencias y moral. Hasta la Iglesia católica, que siempre se jactó de ser *semper idem*, ha dado un giro de 180 grados en cuestiones morales que eran irrenunciables para ella. La fuerza hegemónica ya no es el cristianismo, en ninguna de sus formas, y ahora quien manda es un secularismo militante que ha degenerado en ateísmo anticristiano.

Las anteriores y neutrales posiciones que se amparaban bajo los nombres de escepticismo y agnosticismo, se han convertido en ateísmo puro y duro, cuyo fin es erradicar el cristianismo de Europa o, por lo menos, reducirlo a la mínima expresión. Y como las iglesias históricamente herederas de la Reforma han renunciado a sus principios, el terreno ha quedado expedito para que el secularismo ateo cumpla su propósito.

Mas en esa Biblia que hace 500 años se redescubrió, hay unas palabras que siguen vigentes hoy. Son las que pronunció Jesucristo, cuando dijo: 'Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella (la Iglesia).' (*Mateo 16:18*). Una Iglesia cuya característica es, por encima de todo, ser fiel a su Fundador y a su Palabra, aunque para ello tenga que pagar un alto precio.

Por eso, en medio de este derrumbe generalizado que es el cristianismo histórico en Europa, y frente a una fuerza enemiga de formidable poderío, la misión del remanente fiel que Dios ha dejado en este continente es predicar esa Palabra, lo mismo que hicieron los que vivieron hace cinco siglos. Esa es la mejor manera de conmemorar ese 500 aniversario.

# TABLÓN DE ANUNCIOS

**LA REFORMA.** Como cada año, la Alianza Evangélica Mundial convoca del 8 al 15 de enero la Semana Universal de Oración. Al ser el 500 aniversario de la Reforma, los temas son la sola Escritura, sola fe, sola gracia y solo Cristo. Es el principio de una larga serie de actos que incluyen la celebración de la Conferencia Cipriano de Valera en Piedralaves (Ávila), la próxima Semana Santa, con el profesor Paul Wells de conferenciante sobre los principios de la Reforma y una perspectiva general de este acontecimiento histórico por el pastor José de Segovia.

**ESTUDIOS BÍBLICOS.** El pastor ha comenzado una serie de clases sobre la vida cristiana, los miércoles a las 19 h. Tras considerar en qué consiste la santidad, se tratará el tema de cómo alimentarse de la Palabra de Dios y la importancia de la oración. Los que quieran ser miembros de la iglesia pueden hablar con él, para poder ser recibidos en la reunión que tenemos a principios de año.

**PREDICADOR INVITADO.** El Domingo 22 volverá a estar con nosotros David Casado, de la iglesia de Vicálvaro. Ese día predica el pastor en la iglesia bautista de Algete donde Josué Pradas continúa su ministerio. El sábado 28 estará en la reunión de miembros de la congregación de Almuñécar, pero vuelve para continuar la serie de exposiciones sobre Cristo en Job, que sigue los domingos 8, 15 y 29.

## ORAMOS POR LOS ENFERMOS

Madrid

Adela Jiménez

## CUMPLEAÑOS

- 3) Ezequiel Segura
- 13) Bibiana Ortiz
- 16) Mauricio López

